

EL LECTOR

Santiago Buendía
Noviembre/01

No hace mucho, mientras acompañaba a un matrimonio amigo mío a comprar el periódico, contemplé con gran satisfacción que, al pedirles su hija pequeña una muñeca que había visto, en lugar de ello la obsequiaron con un libro de cuentos.

A pesar de que su deseo inicial no era ese, la pequeña contempló su nueva adquisición con cierta curiosidad y tal vez algo de pena por no haber obtenido un juguete. Además, apenas ha comenzado a hablar con soltura y todavía le queda algún tiempo para poder valorar la magnitud de este regalo.

Posiblemente cuando pasen unos años ella no recuerde esta pequeña anécdota, al igual que me ocurre a mí que no logro acordarme de mis sensaciones cuando, aún muy pequeño, recibí de mis padres y tíos, grandes aficionados a la lectura, regalos parecidos. Sin embargo sí tengo presente en mi memoria cuando algo más mayor tuve la suerte de conseguir un libro de un autor francés en lugar de algún juguete que ahora no recuerdo, y que posiblemente me hubiera hecho más ilusión. Me embarqué pues en un magnífico sumergible y contemplé las profundidades marinas en un largo viaje, también viví grandes aventuras en la Rusia de los zares, más tarde navegué en una goleta que estaba al mando de un muy joven capitán, e incluso fui junto a unos piratas a buscar un magnífico tesoro escondido en una isla.

Pero de todo eso hace ya mucho tiempo y pese a que mi afición sigue estando ahí, mis gustos han cambiado. No, mas bien han evolucionado.

No hace mucho he visitado Bizancio en el siglo IX acompañando a una expedición encabezada por un monje irlandés y secundada por una horda de vikingos. He percibido el amor de un joven lector hacia una mujer madura, que años más tarde es juzgada por crímenes llevados a cabo en tiempos de guerra. He vivido la aventura en la que se ve envuelto un pastor andaluz por hacer caso de un sueño que le persigue. He visto un pueblo imaginado por un autor y las diversas historias que se entrelazan en él. He ayudado en la construcción de una catedral durante la Inglaterra del siglo XII, contemplando los odios, envidias, pasiones y muertes que ello acarreó. He escuchado a un piloto herido y moribundo hablar de la única mujer que quiso, esposa de otro hombre y que acabó muriendo en las ardientes arenas del desierto. Y actualmente estoy presenciando el avance de una compañía de infantería hacia la muerte segura de muchos de ellos, mientras me cuentan sus temores, sus recuerdos, sus esperanzas, sus amores...

Por todas estas experiencias sentidas que jamás podré experimentar personalmente es por lo que agradezco esos primeros libros de mi infancia que ahora no recuerdo. Por eso espero que la hija de mis amigos pueda contar algún día algo parecido a lo que estoy relatando en estas líneas.